

PREGÓN DE CORPUS CHRISTI

*“Cuerpo y Sangre de Cristo,
cuerpo y sangre del hombre”*

Parroquia de San Sebastián, Salamanca - 31 de mayo de 2018

*Dedicado a las
Esclavas del Santísimo y de la Inmaculada
por su inmensa contribución
a la devoción eucarística en Salamanca*

1. LA ENCARNACIÓN, UN DIOS CON CUERPO DE HOMBRE

*En el principio, Señor, eras Palabra.
Estabas junto a Dios, eras Dios mismo.
Por siempre, desde siempre, para siempre,
Amor era tu nombre y tu destino.*

*Amor de los amores pronunciado
En lengua descifrable de quien quiso
Que amar significara ser un verso
Borrado, misterioso y perseguido.*

*Palabra de Jesús, sigues hablando
En medio de la duda y de los ruidos,
Iluminas silencios cuando ablandas
La dureza que opprime los oídos.*

*Y así, sin dejar de ser Palabra,
Ahora en Carne te vemos convertido,
En tu Cuerpo llagado que tocamos,
En Sangre viva de tu pecho herido.*

*Te acaricio, Jesús, te reconozco,
Encarnado en mis padres y en mis hijos,
En mi carne, ya una con mi esposa,
Y en el cuerpo enfermo donde te sirvo.*

Ilmo. Sr. Vicario General de la Diócesis, miembros del Ilmo. Cabildo de la Catedral de Salamanca y de esta comunidad parroquial de San Sebastián que nos acoge, Rvdo. Capellán de la Vera Cruz y Sr. Presidente de la Junta de Semana Santa que nos acompañan, hermanas y hermanos, buenas noches nos dé Dios.

Sí, “en el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. (...) Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1, 1.14). La Encarnación de Jesús en el seno virginal de María nos hace inclinar la cabeza y arrodillarnos. El Dios que era, que es y que será, el Dios Creador que no ha creado a su Hijo sino que lo ha engendrado, ha querido servirse del útero de una humilde joven para pasar por este mundo, como uno de tantos, desde el principio. Cuarenta semanas de adviento en las que la pequeñez se va abriendo camino gracias a la madre que nutre y protege, y así creció Jesús en María, la Virgen-Sagrario, la Madre del “vientre generoso” como dijera Santo Tomás de Aquino. Durante aquella gestación de sueños e incertidumbres, de alegrías en Ain Karem y travesías de Nazaret a Belén, el Cuerpo de Cristo, cuerpo de hombre, se forma en sus miembros y en sus funciones, y se aferra al cordón umbilical que desde María le oxigena y le alienta. El milagro de la vida, en esa expresión tan repetida y tan cierta, que, dicha como de pasada, no puede ocultar que nos encontramos ante un misterio que suscita asombro y nos interrogará hasta el final de los tiempos. Dios ha querido ser milagro de vida humana, tener cuerpo humano, derramar sangre humana, y dejarnos para siempre su Cuerpo y su Sangre como alimento y bebida para el viaje hacia la patria eterna, la que no tiene fronteras ni banderas, y hacia el tiempo nuevo y definitivo, donde “no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor” (Apocalipsis 21, 4). Pero su viaje terrenal, su paso salvador, lo comenzó anidando en el claustro de María, que hasta protagonizó la

primera procesión de Corpus de la historia al encuentro de su prima Isabel, en la Visitación que precisamente hoy nos sugiere la Liturgia de la Iglesia.

Si Dios mismo quiso que su Hijo se desarrollase como hombre en las entrañas de una mujer, también nos ha dado la capacidad de transmitir la vida, de cooperar con su Creación alumbrando nuevos cuerpos, nuevas personas. Custodiar este don sagrado de la vida, respetarla desde el mismo instante de la concepción, y atenderla con especial esmero cuando, todavía incipiente, más indefensa puede ser, prueba nuestro amor a la dignidad humana, que en la fragilidad del cuerpo, en sus límites, en sus pobrezas, es templo del Espíritu Santo.

2. LA MENTE

¿Cómo pensaría Jesús? ¿Habría razonamiento humano en quien todo lo sabía porque era Dios y Dios todo lo sabe? La revelación de Cristo, poderosa en signos y elocuente en palabras, nos señala la inteligencia y la sabiduría divinas a la manera humilde de quien se ha encarnado y aceptado la debilidad del cuerpo y de la mente humanas. En lo más corporal nos resulta más sencillo apreciar a Jesús como un hombre. En su mente, en su pensamiento, en la construcción y expresión de sus ideas intelectuales, inevitablemente nos parece adentrarnos en la mente de Dios, en el pensamiento del Dios omnisciente, que hasta los cabellos nos tiene contados (Mateo 10, 30), que ve en lo escondido (Mateo 6, 6), que todo lo sabe (1 Juan 3, 20). En Jesús reconocemos su facultad de adentrarse en los corazones humanos, en lo más guardado e íntimo. Su mente es capaz de conocer los pensamientos de los que le rodean (Mateo 9, 4; Marcos 2, 8), de saber la historia personal de cada uno como la de la mujer samaritana con la que se puso a conversar junto al pozo de Siquem, de estar al tanto de la muerte de su amigo a Lázaro, o de enviar con conocimiento de lo que habrían de encontrar y de hacer a quienes le prepararon la entrada en Jerusalén o la cena de la Pascua.

La mente de Jesús, una mente de Dios en un cuerpo de hombre, es, a la vez, una mente humana como la nuestra. El Jesús niño creció en estatura, pero también en sabiduría (Lucas 2, 52). Su inteligencia es puesta a prueba y sometida a preguntas capciosas, como cuando le cuestionaron si el tributo correspondía al César. O le intentan hacer caer en trampas, como la de los saduceos, o cuando fue tentado por el diablo en el desierto. Pero incluso, siendo Hijo de Dios, confesó desconocer el día y la hora del fin de los tiempos (Mateo 24, 36), inmerso como estaba en la tarea de exhortarnos a permanecer atentos y vigilantes.

La mente de Jesús es un misterio aún para nosotros, como lo es su Cuerpo en su conjunto. Los sentidos no bastan para comprenderlo pero la fe nos fortalece el corazón en la verdad, volviendo al himno del Doctor Angélico. Este conocimiento, esta incursión en la mente de Jesús, nos la regala el Espíritu Santo, y así es como entendemos la palabra del Apóstol: “*Nosotros tenemos la mente de Cristo*” (1 Corintios 2, 16). Nuestra mente, capaz de razonar, capaz de crear, capaz de sufrir, capaz de amar, capaz de equivocarse, capaz de olvidarse, capaz de recordar, capaz de perderse, es la mayor prueba del amor de Dios y el instrumento valioso que nos permite ejercer, mejor que ningún otro, nuestra libertad, la libertad que Dios mismo nos ha otorgado, y que está llamada a ser vivida en la esperanza de un horizonte en el que adivinamos a Quien nos ha hecho entrega de nuestra vida y nuestra libertad.

3. LOS OJOS

Después de hacer el mundo, de iluminarlo, de crear al hombre... vio Dios que era bueno (Génesis 1, 31). Y nos dio el poder de mirar, nos dio ojos para ver y para distinguir la luz de la tiniebla, y siguió mirando, y vio que a

menudo no supimos enfocar la mirada, y que con frecuencia las sombras se impusieron... Y entonces, envió a su Hijo, un Hijo con cuerpo de hombre y ojos de hombre, y lo eligió para que mirara por Él, y quiso vernos a través de Él.

Ante todo, la mirada de Jesús es una mirada de amor. Pensemos en la mirada al joven rico: *"Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo..."* (Marcos 10, 21). Pero no hubo devolución de mirada, sino huida triste. Con Simón y Andrés, con Santiago y Juan, la mirada atrevida y confiada de Jesús encontró respuesta de seguimiento. También en el publicano Mateo, al que la mirada misericordiosa del Maestro levanta de un estigmatizado puesto de recaudador. ¿Qué decir de Zaqueo? Dios ve en lo escondido y Jesús ve hasta a los más pequeños medio escondidos entre las ramas de un sicómoro. Porque la mirada del Señor fue siempre, y es, una mirada de perdón, de vuelta a empezar, de camino nuevo. Cuando miramos su Cuerpo en el Pan Eucarístico, cuando lo comemos, comulgamos con sus ojos clementes y compasivos. Sus ojos limpios que se entristecieron, y hasta se enfadaron, cuando le recriminaron curar en sábado: *"Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón"* (Marcos 3, 5). Sus ojos que se apiadaron de la viuda de Naín y de Jairo, y sus ojos que rescataron a la mujer adúltera, y sus ojos que sollozaron en Betania ante el sepulcro de Lázaro, y sus ojos de amigo que esquivó Judas y que hicieron llorar a Pedro... Sus ojos desde la Cruz que miran al Padre implorando perdón para los verdugos y confiándole su espíritu, que se dirigen a Dimas prometiendo el Paraíso, que caen para cruzarse con los de María entregándonosla como Madre.

En los ojos de Jesús se reflejan los nuestros. Los de cada uno. Los tuyos. Los míos. Hay espacio para cada pupila en las suyas. Su profundidad es infinita, su mirada inabarcable. Una de esas miradas de Jesús ha sabido reflejarla el artista en el Cristo de la Redención, cuyos cofrades aspiran con justicia y esperan con paciencia a que esta mirada de la institución de

la Eucaristía sea acogida en la Semana Santa procesional. La necesitamos, así lo creo modestamente, en el Jueves Santo de Salamanca.

Como necesitamos tener siempre abiertos los ojos. Nuestra reciente Asamblea Diocesana señaló, como una forma práctica de estar atentos a las necesidades del prójimo, una “*mística de ojos abiertos*”, que desde Dios sirve para mirar a los hermanos, y que se ha de fundamentar en la mirada de Jesús. Porque Él quiere que miremos, que veamos, que tengamos los ojos bien abiertos. A cada momento está agachándose, procurándose un poco de barro con su saliva y poniéndonoslo sobre los ojos. Pero no basta. No quiere que nos conformemos con su poder. Tenemos que ir a lavarnos a nuestra particular piscina de Siloé para ver: sumergirnos en el sufrimiento del hermano que sufre; zambullirnos en esas miradas donde no hay nadie que quiera fijar la suya; ponernos en presencia del Santísimo Sacramento que nos ayuda siempre a aprender a mirar, como le contestó al Santo Cura de Ars aquel campesino que pasaba largas horas junto al sagrario: “*Yo le miro y Él me mira. Nada más*”. Y nada menos. Mirar como nos enseña Teresa de Jesús, nuestra Santa: “*Sólo os pido que le miréis*”. Y Él, como al ciego de nacimiento, y como a Bartimeo en Jericó, nos abrirá los ojos.

4. LOS OÍDOS

¡Qué importante también la capacidad de oír y la voluntad de escuchar! Jesús, en su Cuerpo que se nos entrega, tiene oídos. “*Cristo oyenos, Cristo escúchanos*”, le pedimos. Y nos oye. Y nos escucha. Como oyó y escuchó a tantos. Pero también nos exhortó con firmeza: “*Quien tenga oídos que oiga*” (Mateo 13, 9); o en otro momento: “*Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen*” (Lucas 11, 28). Que Jesús abriera los oídos de los sordos, y que señalara que sus ovejas oyen su voz (Juan 10, 27), subraya la importancia de escuchar y, de esa manera, poder acoger sus

enseñanzas. Recuerda el Apóstol que “*la fe viene por el oído*” (Romanos 10, 17). Siendo así, Jesús nos preparó para escucharle demostrando que sabía escuchar. Cuando el Padre le bendice junto al Jordán y en el Tabor, “*Éste es mi Hijo amado, escuchadle*”, nos está indicando además un modelo de escucha.

Porque Jesús tuvo oídos para escuchar a María en Caná, y aunque parecía que no era su hora, esa escucha dio fruto de vino bueno y de fiesta renacida. También escuchó a Nicodemo en la noche, como todas esas adoradoras y adoradores nocturnos que acuden a Él y son escuchados. En Salamanca lo llevan haciendo desde 1894: damos gracias por su fiel testimonio. Y Jesús, por supuesto, escuchó a los niños que se le acercaban, y escuchó a los enfermos que le presentaban, y escuchó las incomprendiciones de sus discípulos, y las acusaciones de sus enemigos, y las burlas de sus verdugos, y escuchó, y escuchó...

*Escuchaste, Señor, siempre escuchaste,
y escuchas a tu pueblo arrodillado
que encuentra en el Altar, multiplicado,
el amor y el perdón de los que hablaste.*

*Si con brazos en cruz nos rescataste
aceptando, humilde, ser clavado,
y en tu sangre preciosa el pecado
de los hombres con tu agua lavaste,*

*fue tu escucha la forma en la que amaste
a aquel que no había sido escuchado.
Con tu escucha, Señor, nos liberaste*

y ya libre, de su prisión soltado,

*el pueblo redimido que guiate
te adora, oh Jesús Sacmentado.*

5. LA BOCA

“Señor, ábreme los labios, y mi boca proclamará tu alabanza”. Usamos las palabras del salmista para invocar a Dios al comenzar nuestra oración. El que es Palabra y se ha hecho Carne, de los que somos carne hace palabra de alabanza, de gratitud, de petición, de perdón. Cuando oremos, quizá apenas moviendo los labios, imaginemos la boca de Jesús. Una boca que esbozó sonrisas y compuso gestos de tristeza, que sintió hambre y comió, que tuvo sed y bebió, que pronunció muchas palabras y hasta exhaló en su aliento el Espíritu Santo que nos defiende y nos consuela.

“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4, 4), recordó Jesús que estaba escrito, cuando se sintió hambriento tras el largo ayuno y fue tentado en el desierto. No quiso convertir aquellas piedras en pan, sino convertirse Él mismo en Pan de Vida para alimentarnos y salvarnos. Y lo hizo por la fuerza de su Palabra al instituir la Eucaristía en la última cena con los suyos. Las palabras que salen de la boca de Jesús no vuelven a Él vacías (cf. Isaías 55, 11). Y aquellas menos que ninguna. Cuando tomó pan y lo partió, cuando tomó la copa, el signo se hizo sacramento desde su boca: *“Esto es mi cuerpo”*, *“Esta es mi sangre”*, *“Haced esto en memoria mía”*.

No vuelven vacías ninguna de sus palabras. De su boca nos llegan respuestas y consejos, preguntas y cuestionamientos, exhortaciones y alivios, ternuras y llamadas..., y no pocas palabras de particular revelación, cuando nos muestra Quién es, nos acoge en su Misterio y abraza nuestro cuerpo en su Cuerpo...

“Yo soy el que soy”, nos dice. El que era, el que es y el que será. Y entre sus “yo soy”, los “yo soy” eucarísticos que en esta solemnidad litúrgica vamos a contemplar. “Yo soy el Pan de vida, el que viene a mí nunca tendrá hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed” (Juan 6, 35). Del maná del desierto, que acababa, que se consumía, que resultaba fugaz, pasamos a un pan con verdadero Cuerpo, un Pan que es la Carne viva de Jesús, un Dios palpable, permanente y cierto. Junto a la espiga dorada por el sol invicto, las uvas que el viñador procura: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, pero sin mí, no podéis hacer nada” (Juan 15, 5). La Sangre de Jesús es bebida de unidad. Así nos salva, diferentes pero fraternos. La tarea de la comunión alcanza su apogeo en torno a la mesa eucarística, alrededor de la cual nadie es extraño ni ajeno si permanece en el Señor. La Iglesia camina hacia Dios y no puede peregrinar si no aspira a la comunión con Él y en Él. No habría avance sino retroceso si crecieran las discordias y se ensancharan las distancias. No hay avance, sino retroceso, cuando buscamos el enfrentamiento vacío en lugar del diálogo. No hay avance, sino retroceso, cuando nos damos la espalda, nos negamos a ceder o nos ignoramos. Así la mesa eucarística se vacía de comensales y no usamos la boca para proclamar la alabanza, sino que los labios se pierden en murmuraciones y nos arriesgamos a comer y beber no el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino nuestra propia condenación (cf. 1 Corintios 11, 27).

6. LOS HOMBROS

Entonces Jesús les dijo esta parábola. «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me

había perdido." Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión. (Lucas 15, 3-7)

Sobre sus hombros. En lugar tan honorable nos coloca Jesús cada vez que decidimos mirar a sus ojos, abrir nuestros oídos a las palabras de su boca y volver a Él. Pero ya nos está buscando. No se ha quedado quieto. Ha mirado, ha hablado, nos ha escuchado... Su Cuerpo vigoroso y ardiente no ha cedido al sueño ni al sopor. Se ha puesto en camino. Y ha reservado sus hombros de Buen Pastor para cada uno de nosotros, ovejas perdidas a ratos y siempre necesitados de conversión.

Nos espera, cayado en mano, zurrón en ristre, en el confesionario. Corresponde dejarse coger, dejarse elevar, y atreverse a dar los primeros pasos apoyados en sus hombros de misericordia, verde pradera que nos hace olvidar las cañadas oscuras que hemos atravesado erróneamente en soledad. Sus hombros saben mucho de amor y de perdón, son todo un tratado aprendido en la mañana del primer Viernes Santo de la Historia. Castigados por la flagelación, el peso de la cruz vino a reabrir sus heridas y a vencer su resistencia que ya escaseaba. Cayó nuestro sostén, se sometió nuestra fuerza, besó el suelo el que al Cielo nos lleva... y entonces, aparecieron otros hombros. Los de Simón el de Cirene, que venía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo y de cuantos desde entonces han prestado sus hombros al caído, al humillado, al indefenso. Esta fiesta del Corpus nos los asocia nítida y entrañablemente a la pobreza material del poco de pan y el poco de vino en que Jesús ha querido permanecer entre nosotros. Son sacramento de la caridad que todo cristiano está llamado a vivir para transformar el mundo en un lugar más justo. Cáritas y otras instituciones de la Iglesia nos invitan a prestar nuestros hombros a este servicio que significa al hombre.

7. LAS MANOS

El Cuerpo de Jesús es sostenido por los dedos de sus manos. Sus santas y venerables manos. Sus manos atravesadas por los clavos. Sus manos que besamos con devoción. Sus manos que Él extiende hacia nosotros...

*Tus manos, Señor, tus manos santas,
llagadas por amor y venerables,
manos que ungieron,
manos que sanaron,
manos que el agua
en vino trocaron,
y que la muerte en vida
transformar supieron,
manos que luz
de la oscuridad sacaron,
y que lo cerrado abrieron,
y que lo estrecho ensancharon,
llagadas por amor, y venerables,
Señor, tus santas manos.*

*Las manos que en la cruz clavaron
mientras perdón pedías
para los que clavaban.*

*Las manos que a la columna asieron
mientras, Señor, callabas,*

*y no te resistías,
como un manso Cordero.*

*Las manos, Señor, tus santas manos,
aquella noche de entregar destinos
a la causa del Amor extremo:
tu mismo Cuerpo, en el Pan, lo sostenían.*

*Las manos tuyas, por las que vivimos,
caricia eterna para tus amigos,
tus manos de oración donde supimos
cómo rezar al Padre bueno,
y en ellas vimos
que el Padre en Ti se complacía.*

*Las manos tuyas, Señor,
toman las nuestras
y no sueltan su abrazo y compromiso,
no pueden estar solas
en este sacrificio,
son todopoderosas
pero nos necesitan:
“Dadles vosotros de comer”, suplican.*

*¿No hay cinco panes y dos peces
que podamos tomar en nuestras manos?
¿No hay manos suficientes
para llenar los cestos?
¿No hay hermanos hambrientos?
¿No hay enfermos postrados?
¿No hay soldados cansados
de disparar al viento*

*y herir de muerte el sueño
de los que están en frente
pudiendo estar al lado?
¿No hay manos que hagan paces?
¿No hay manos sanadoras?
¿No hay manos sembradoras
valientes y veraces?*

*¡Jesús, muestra tus manos
santas y venerables!
Santifica las nuestras,
accidenta sus dedos,
mánchalas de barro y sangre,
de sus anillos haz signo
de paso firme y sincero...*

*Jesús, yo beso tus manos
creíbles de carpintero
cuando sostienen tu Cuerpo
ofrecido y entregado,
cuando levantan la Copa
por la que estamos salvados,
cuando veo tus heridas
y así me siento curado:
llagadas por amor, y venerables,
Señor, tus santas manos.*

8. LAS RODILLAS

Ante el Misterio de Dios, de rodillas. Genuflexos. Las rodillas en tierra. El cuerpo abajado ante el Cuerpo, ante su parquedad, ante su redonda y blanca presencia, ante el círculo pequeño y leve de la “*Hostia Pura, Hostia Santa, Hostia Inmaculada, seáis por siempre bendita y alabada*” con que las Esclavas del Santísimo despedían sus oraciones de comunidad en la Capilla de la Vera Cruz. La vida de adoración y de contemplación de estas religiosas, y de otras que ya han abandonado Salamanca o que lo irán haciendo próximamente, nos permitía, nos permite aún en algunos casos, arrodillarnos con más seguridad, con más devoción, con más conocimiento, con más frecuencia. Nuestra Iglesia necesita arrodillarse y estas santas mujeres nos ayudaban, nos ayudan. Aunque sean menos, o pocas, o distintas, no han desaparecido. Siguen existiendo. Siguen contemplando y adorando. Siguen arrodillándose. Siguen acompañando al Cristo de Getsemaní, el Jesús de las rodillas en tierra, el Jesús modelo de oración confiada: “*Hágase tu voluntad*”.

En el huerto de los olivos vemos el cáliz que no se aparta de Jesús y sentimos dirigida a nosotros la misma pregunta con que interpeló a Santiago y a Juan: “*¿Seréis capaces de beber el mismo cáliz que yo he de beber?*”. Dormimos como ellos. Pero Jesús no se cansa de alertarnos: “*Velad y orad para no caer en tentación*”. ¿Podremos ser fieles una hora? ¿Podremos permanecer despiertos para amar? En la Ronda del Corpus de nuestra ciudad, desde hace ya más de cuatro años, una puerta abierta nos invita a regalarnos esa hora de vigilia y de adoración, una hora sucedida por otra, y por otra, y por otra, hasta completar las ciento sesenta y ocho de la semana.

La capilla de la adoración perpetua, acogida por las tan eucarísticas hijas de Santa Clara en su monasterio del Corpus Christi, se presenta como una inmejorable cadena de oración en la que bien pueden comprometerse todas las comunidades parroquiales, movimientos apostólicos y cofradías salmantinas, asumiendo quizá los veinticuatro turnos de una jornada, o los siete semanales de un mismo tramo horario. Ponerse de rodillas en presencia del Señor es una manera literal de trabajar la comunión en la Iglesia, los testimonios plurales pero compartidos, los proyectos que nos empujan a sumar y a abrir la puerta de nuestros templos, que están para ser conocidos, y en ellos, lo primero y principal, el mismo Cristo. El Cristo que se arrodilla sobre la esfera del mundo en otra casa franciscana, la del convento de la Madre de Dios, e implora perdón para nuestros primeros padres y para sus hijos, todos, hasta el último. El Cristo que se arrodilla ante sus discípulos, y se sigue arrodillando, para lavarnos los pies.

9. LOS PIES

Sí, los pies. Nuestros pies enviados a ir y anunciar, porque a eso se dedicaron los pies de Jesús. Los mismos piececitos dulces y delicados que adoramos cuando es la Nochebuena y en el pesebre hallamos la ternura de un recién nacido, como la encontraron los pastores, y los magos, y María y José que fueron los primeros en adorarle. Los mismos pies que envolvió en perfumes aquella mujer pecadora en la casa de Simón el fariseo, después de haber derramado sus lágrimas sobre ellos, y haberlos secado con sus cabellos, y haberlos besado. Y supo bien en qué gastaba su ofrenda y donde depositaba sus llantos y sus besos (Lucas 7, 38). Los mismos pies desgastados que, puestos uno sobre otro, atravesó el clavo de la crueldad, de la envidia, de la ignorancia, de la traición. Los mismos pies que habían caminado y hecho camino, andariego y peregrino como era el Señor, incluso sobre las aguas del Mar de Galilea (Mateo 14, 25).

"Un gentío muy numeroso se acercó a él trayendo mudos, ciegos, cojos, mancos y personas con muchas otras enfermedades. Los colocaron a los pies de Jesús y él los sanó" (Mateo 15, 30). A sus pies hay salvación. Ponerse a sus pies, fiarse de sus pies, aferrarse a sus pies, besar sus pies despojados, nos sana, nos trae la Salud del cuerpo y del alma, la Salud que en este lugar es invocada con nombre de Madre.

Si a los pies de Jesús pusieron a enfermos de toda clase, es el mismo Jesús el que se pone a los pies de los enfermos, al lado de sus camas, y les toma la mano, y les unge los pies con el bálsamo de los cuidados, de la compañía de sus familias, del esfuerzo, la ciencia y la humanidad de los dedicados a la salud y a la vida, que esa y no otra es su dignidad y la nuestra. Sería propio de ignorantes sucumbir a la idea de que la muerte pueda ser adelantada al servicio de una libertad atenazada por la desesperanza, o de un supuesto humanitarismo que resulta tan inhumano y materialista, tan contrario a la esencia del acto médico.

En los pies de los enfermos, Jesús nos propone un devoto besapiés de servicio entregado. Porque Jesús llega siempre a los que no pueden venir a este altar pero quiere que le ayudemos a llegar. Los enfermos deben sentirse lo que son aunque ausentes físicamente, parte de la asamblea reunida: lo perciben a través de la televisión (¡qué injustos los que aspiran a privarles de ello!) y se les concreta cuando el sacerdote o los ministros encargados acuden a su domicilio o a la habitación del hospital, o a la residencia, y en hermosa procesión de Corpus, de incógnito, les acercan el sacramento de la Eucaristía. Cuando esa procesión sea la última, llevarán como viático lo único que se necesita para el definitivo peregrinaje.

10. EL CORAZÓN

Levantemos el corazón. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

Recordar, es decir, volver a pasar por el corazón estas palabras de la Misa, nos hace fijarnos en un órgano interno que, con razón, con cordura, identificamos con la vida y todo lo que de ella brota. Sus latidos mueven nuestra historia particular. Su continua actividad nos tiene aquí, capaces de levantar el corazón y hacerlo hacia el Señor.

*Hacia un corazón que dices Sagrado,
que dentro de su Cuerpo late fuerte,
y no cierra su manantial la muerte
abierta en ese pecho alanceado.*

*Ha entregado su alma y su costado,
ha cerrado los ojos para verte,
ha extendido las manos por quererte,
pero, al fin, su Corazón, no se ha parado.*

*No ha cesado su soplo de esperanza,
ni su tierna cadencia de humildad,
ni su manso bombeo cuando alcanza*

*para ti la más pura caridad.
Transformado en incruenta lanza
te lleva el corazón a la Verdad.*

En Vos confiamos, Sagrado Corazón de Jesús. En el corazón del que brotan sangre y agua en el Calvario, Eucaristía y Bautismo entrelazados, enraizados, concordes y unánimes como nos quiere el Señor: un solo corazón y una sola alma (Hechos 4, 32). El corazón manso y humilde de Jesús (Mateo 11, 29) es modelo para enseñar al nuestro, tantas veces impulsivo y desbordante para bien y para mal. De allí provienen los pecados (Mateo 15, 19) cuando hemos dejado que nuestro corazón se endurezca, como en Meribá, como el día de Masá en el desierto. Hemos visto las obras del Señor, de su manso y humilde Corazón. El de Cristo es un Corazón Eucarístico, abierto de una vez y para siempre en el Gólgota, como nos muestra aquí la conmovedora imagen del Cristo de la Paz, pero conmemorado en cada altar, en cada Santa Misa, hasta el fin de los tiempos. Los sacerdotes cooperan a este derramarse continuo del Corazón de Jesús, que pudiendo hacerlo todo quiere que manos humanas tengan parte en su acto de amor. Porque al amor estamos llamados, a conformar nuestros corazones con el Corazón Misericordioso de Jesús. Nuestro dolor lo siente propio, nuestra debilidad la asume y la fortalece, nuestras capacidades diferentes las escoge con predilección, nuestra pobreza la enriquece con la suya, nuestros corazones que se paran los convierte en inagotables cuando los trasplanta a la vida eterna. Es el suyo un Corazón Sacerdotal, en el sacerdocio supremo y eterno que ejerce Jesús, y que con singular prodigo se manifestaba a nuestro santo patrono, fray Juan de Sahagún, cuando celebraba el sacrificio de la Misa: el Cuerpo de Cristo hecho Carne, para la vida del mundo. Nos acercaremos mejor a este Misterio si contemplamos el Corazón Inmaculado de María, que en este mismo lugar es honrado al recordar que la Madre es intercesora de la Caridad y del Consuelo que el Hijo, Despojado de todo, nos regala desde su Sagrado Corazón.

11. LA SANGRE

Y al fin, la Sangre de Cristo, asociada a su Cuerpo. Inseparables. Su Carne es verdadera comida y su Sangre es verdadera bebida. Su Sangre que sella la nueva alianza entre Dios y los hombres. Somos una parte en ese pacto. Un pacto que hay que cumplir y que tuvo firma costosa, valiosa, preciosa: la Sangre de Jesús.

Sangre conforme a la ley, al ser circuncidado, y sangre que la da plenitud. La sangre que el vértigo de la Pasión asomó en el sudor de la noche de soledad en Getsemaní, la sangre que provocaron los latigazos de la flagelación, la sangre de los golpes y de las espinas que coronaron su cabeza, la sangre de las caídas y del peso de la cruz, la sangre al ser atravesados manos y pies por los clavos de la crucifixión, la sangre de la lanzada...

La multitud, ebria de ignorancia y de venganza, pidió muerte y que cayera la sangre de un justo sobre ellos y sobre sus hijos. Pero la sangre de Jesús que cae sobre nosotros es *manantial, río, lago, catarata, mar y océano de misericordia*, como rezan las letanías a la Preciosa Sangre ordenadas por el Papa San Juan XXIII. *Digna de toda gloria y honor, es la victoria sobre el demonio y la esperanza del pecador.*

Proclamada *fuerza de los mártires*, a lo largo de los siglos, a la sangre de Cristo se han asociado la de miles y miles de hermanos que han entregado su vida por fidelidad a la fe y a Jesús, como San Sebastián, glorioso protector de esta comunidad. En muchos casos, la celebración de la

Eucaristía y el culto al Santísimo Sacramento han sido motivo de persecución. Los mártires de Abitene no podían vivir sin el domingo y así dieron testimonio de su fe al comienzo del siglo IV, víctimas de la persecución de Diocleciano. Como el joven Tarsicio, custodio fiel de la Sagrada Eucaristía, patrono y modelo de los monaguillos. Pero no es necesario remontarse mucho tiempo atrás para reconocer la sangre de los mártires cerca del altar. Pensemos en el obispo Óscar Romero, beato y próximamente santo, asesinado en 1980 en El Salvador cuando presidía la Eucaristía, al igual que el padre Jacques Hammel hace menos de dos años. Pensemos en los hermanos que este mismo mes de mayo, el día 13, acudían a la Misa dominical en la parroquia de la Inmaculada en Surabaya (Indonesia), masacrados por su fidelidad a la convocatoria eucarística. Bienaventurados ellos por haber sido invitados a las bodas del Cordero (cf. Apocalipsis 19, 9).

12. CUERPOS GLORIOSOS Y RESUCITADOS

El Cuerpo de Cristo, mente humana y divina, ojos que abren los nuestros, oídos que nos enseñan a escuchar, boca que nos alimenta con su Palabra, hombros que nos sostienen, manos que nos acarician, rodillas que se vencen por nosotros, pies que nos llevan, corazón que nos vivifica, Cristo de la Sangre que nos cura las heridas, es ya Cuerpo Glorioso y Resucitado.

Así se mostró a las mujeres, a los caminantes hacia Emaús, a los apóstoles con los que comió, y a Tomás, al que enseñó el hueco de las manos y del costado: *“Señor mío y Dios mío, Glorioso y Resucitado”*.

Siendo Cuerpo, siendo Carne, es presencia real y resucitada, como ha querido quedarse entre nosotros para siempre. Hacer memoria de Jesús es hacerlo presente, palpable, comible, adorable. La solemnidad de Corpus Christi nos ayuda a ello, y nos invita a exaltar la humanidad y la corporalidad gloriosa de Jesús. Los sentidos llegan hasta un punto, ayudados por la Palabra de Dios, por el perfume del incienso y las hierbas aromáticas, por la imagen y el color de los altares, por la belleza de la música, y el resto lo suple la fe. El don que nos permite afirmar que Dios está aquí, que Dios nos ama y nos salva, que Dios mismo viene en el Altar y va a salir en procesión por las calles de Salamanca. Este día tiene su eco en las fiestas sacramentales de las parroquias, en las de algunas cofradías como la Vera Cruz, o en las de comunidades religiosas como los dominicos de San Esteban, e incluso en la de la Universidad, que justamente ahora cumple cuatro siglos, cuando son ocho los que celebra el Estudio nacido en el seno de nuestra Catedral. A lo largo del año, las minervas organizadas mensualmente por las cofradías del Santísimo nos ayudan a mantener vivo el pulso de la devoción eucarística en su expresión procesional.

El día del Corpus es una jornada grande para la Iglesia, que en cada diócesis adopta un rostro particular, enriquecido por la diversidad de carismas y la rica pluralidad de la comunidad cristiana, que es una sola reunida en torno al banquete de su Señor. ¿No sería hermoso que nadie faltara a esta procesión? Ningún sacerdote de los que lo traen al Altar, ningún consagrado que vive los consejos de su evangelio, ningún laico que da testimonio de Él en medio del mundo. Las cruces parroquiales acompañando a la catedralicia. Los pilares devocionales de nuestra Iglesia diocesana: el Cristo de las Batallas, Santa María de la Vega, San Juan de Sahagún, Santa Teresa de Jesús. Las cofradías. Los movimientos. Los seminarios. El cabildo en pleno de nuestra Iglesia Catedral con sus insignias basilicales. El palio. Las escuelas católicas. Las familias. Muy especialmente, los niños y niñas que acaban de recibir por primera vez la Eucaristía, ojalá siempre fuera antes de

esta fiesta del Corpus... Todos con nuestro Obispo, el pastor que marcha descubierto siguiendo los pasos del que merece todo honor y toda gloria. Es el día grande, el día en que el Señor sale y bendice, el día de la comunión con su Cuerpo y su Sangre, la fiesta y procesión del Corpus a la que todos quedamos emplazados...

*Tres jueves, dicen, que en el año había
más relucientes que el astro primero
y uno de ellos, con brillos de lucero,
era el Jueves de Dios Eucaristía.*

*Domingo ahora, ¿acaso importa el día
para alfombrar las losas de romero
al paso del ardiente panadero
amasado en el Pan de la Alegría?*

*Porque siempre es momento de adorarle
extendiendo a sus pies las bellas flores
que brotan en el alma al contemplarle,*

*de, en sencilla oración, rendir honores
sabiendo con certeza que, al cantarle,
cantamos al Amor de los amores.*

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

*Tomás González Blázquez,
cofrade de la Vera Cruz*

*Escrito entre Salamanca y Alcañices,
del 11 al 17 de mayo de 2018*